

ANNA TODD

autora de la serie **AFTER**

SUNRISE EL ÚLTIMO AMANECER



ANNA TODD

SUNRISE
EL ÚLTIMO AMANECER

Traducción de María José Díez Pérez

La señal de abrocharse el cinturón de seguridad del avión me devuelve al presente. Mis ojos parpadean y se abren despacio, dan la bienvenida al sol que entra a raudales por la pequeña ventana del aparato. La azafata se aproxima con una sonrisa afable, los tacones resonando a cada paso, y se inclina para hablarme. Huele a coco y sol, aunque llevamos más de doce horas en un avión.

—¿Necesita alguna cosa más antes de que aterricemos, señorita Oriah? —me pregunta.

Niego con la cabeza, susurro un gracias.

Tiene un bonito acento, ¿italiano quizá? He dormido durante la mayor parte del vuelo, así que casi no he interactuado con ella durante la travesía sobre el Atlántico Norte. Espero que eso le haya facilitado la jornada y que mi madre no la haya mareado en exceso durante nuestro vuelo privado. Cuando mi madre me dijo que íbamos a volar, cosa que no había hecho muy a menudo y apenas recuerdo, tenía ganas de vivir el ajetreo y el bullicio del abarrotado aeropuerto, escuchar conversaciones de desconocidos y observar a la gente. Incluso las filas y los pasajeros estresados que habían salido de casa demasiado

tarde, que iban con la lengua fuera mientras pasaban el control de seguridad. El caos parecía emocionante, pero la empresa de mi madre, SetCorp, tuvo la gentileza de poner a nuestra disposición uno de sus numerosos *jets* privados para ir a España, algo de lo que no me quejaría con nadie salvo con mi madre, pero me pareció un poco excesivo y un derroche. El viaje fue perfecto, tranquilo y lujoso, como le gusta a mi madre que sean sus viajes de negocios.

La miro sentada frente a mí mientras se aplica cuidadosamente una capa de lápiz labial borgoña intenso. No me sorprende lo más mínimo. Llenó su maleta de cabina con productos de belleza para asegurarse de que no se saltaba su rutina de cuidados faciales, todo un ritual. Respeto la disciplina, y sin duda alguna le funciona, pero a mí me basta con unos pocos pasos por la mañana, no tengo tanta energía. Y eso que adoro ver a otras personas en internet llevar a cabo sus rutinas de belleza antes de irse a la cama, pero en mi caso no es realista.

Me inclino y agarro el asa de la *tote* de Dior de mi madre, con su nombre bordado, otro regalo de su jefe, y me lo acerco. Tomo el paquete de toallitas desmaquillantes para el rostro, saco una y me la paso por la piel desnuda. El olor a pepino inunda mis sentidos, me hace estornudar, lo que a su vez hace que a mi madre le invada un ligero pánico momentáneo. Mi sensible sentido del olfato debería ser la menor de sus preocupaciones; sin embargo, incluso un estornudo provoca una reacción en su cuerpo.

—Vi en un video que las toallitas dañan la barrera de la piel y que ahora lo mejor es el aceite desmaquillante —commenta, y sus ojos oscuros pasan de las toallitas a mí. Está al

día de todas las tendencias en belleza, las sigue religiosamente. Yo soy más de ver videos de gatos y de gente que se cae, pero cada quien sus gustos.

Sonríó mientras saco otra toallita del pequeño y arrugado paquete.

—No tengo a la mano aceite desmaquillante, pero lo consideraré en el futuro.

Mi madre sonrío, y mi sarcasmo hace que ponga los ojos en blanco. Somos dos caras de distintas monedas, siempre lo hemos sido, siempre lo seremos. Llevamos una existencia discreta en el mundo de la otra, pero no conectamos del todo. Una burbuja de esperanza se desliza por mi pecho al pensar que, al estar en la ciudad en la que nació, algo cambiará. Que sus murallas se desmoronarán un poco.

—¿Te tomaste las pastillas? —Su voz parece algo más cansada que de costumbre; se pasó el vuelo entero trabajando. Siempre está al teléfono, en Zoom o grabando notas de voz. He aprendido a no oír su voz el noventa y nueve por ciento del tiempo.

Asiento y me trago el ligero sentimiento de culpa. Sus ojos buscan a la sobrecarga, que hace un gesto afirmativo, uniéndose a mí en el engaño. Le dedico una sonrisa.

—¿No has dormido nada? —le pregunto a mi madre.

Devuelve la barra a su estuche y hace un sonido sordo con los labios.

—Dormiré esta noche, cuando terminen las reuniones. No quería alterar mis biorritmos.

¿Qué biorritmos? Mi madre no duerme nunca. Lo sé con certeza. Pongo los ojos en blanco y después la miro

para que sepa que no cuele. No le importa lo más mínimo; pasa a aplicarse rímel en las largas pestañas. Desliza el cepillito arriba y abajo, se pinta los extremos con el líquido negro azabache. Yo me pongo los lentes de contacto metódicamente para evitar los constantes comentarios sobre mis ojos incluso al otro lado del mundo.

Me recuesto y suspiro mientras contemplo por la ventanilla del *jet* de la empresa el tranquilizador y vibrante mar que se extiende más abajo. Estamos a unos diez minutos de aterrizar y no puedo evitar la sonrisa que me asoma a los labios. Por fin ha llegado, mi verano de libertad, mi gran hurra. Mi mayoría de edad comienza a los veintitrés años, y nunca he estado más preparada. Igual que al protagonista de una película de los años noventa, este viaje me cambiará la vida. Por fin descubriré quién soy, cuál es el sentido de la vida... Puede que incluso me enamore. Suelto una risita y me tapo la boca al pensar en lo absurda que es la idea. En lo inútil que sería eso.

—¿No es impresionante? —me pregunta en voz baja la azafata.

Hago un gesto afirmativo mientras contemplo boquiabierta las vistas, y eso que ni siquiera hemos aterrizado aún.

—Es la primera vez que vengo a Europa. La primera vez que salgo de Estados Unidos, de hecho —le confieso.

Sus ojos color avellana se abren mucho.

—¿En serio? —inquire, sin dar crédito.

—Sí, ya. Seguro que doy la impresión de que viajo a menudo con este *jet* privado que destruye la capa de ozono y que lleva la rutina de cuidados faciales de mi madre a bordo, pero me he subido a muy pocos aviones, y nunca

lo he hecho por diversión. La verdad es que casi ni me acuerdo de ellos. —No le desvelo el motivo; lo último que necesito es dar más pena.

Se ríe, y ambas miramos a mi madre en toda su belleza. Ahora se está poniendo unos aretes, unas gruesas arracadas de oro. La verdad es que es despampanante, de un modo aterrador, a lo reina malvada, una de las mujeres más guapas que he visto en mi vida, y ella lo sabe. Una cosa que admiro de mi madre es su seguridad, no solo en su aspecto físico: desde poco menos que nada ha llegado a ser una de las mujeres mejor pagadas de su ramo. Ciertamente, no hay muchas mujeres en desarrollo e inversión de hoteles de lujo, pero aun así es un gran logro.

—Esto le va a encantar —me asegura la azafata, obligándome a centrar mi atención de nuevo en ella.

Sonrío de oreja a oreja.

—Eso espero. Tengo muchas ganas —admito—. Usted tendrá un pasaporte lleno de sellos. ¿Hace mucho que es sobrecargo?

Saca un pasaporte color vino en el que leo «Repubblica italiana». Estaba en lo cierto, es de Italia. Va pasando página tras página, todas llenas de sellos, y me lo ofrece.

—Le prometí a mi hermana gemela que recorrería el mundo por las dos —me cuenta con una pequeña sonrisa, orgullosa de sí misma.

Paso un dedo por el sello de París de una de las páginas.

—Es una pena que ya no pongan tantos sellos, pero puede comprarlos usted misma y añadirlos. Es lo que hago yo ahora —me dice.

—Su hermana estará encantada, ha estado en todas partes. —Rusia, Brasil, México, los sellos y los visados

continúan, y su pasaporte tiene el doble de páginas que el mío.

—Mi hermana... falleció el año pasado.

Carajo.

—Cuánto lo siento. No...

Ella sacude la cabeza, el cabello oscuro se le aparta del hombro.

—No se preocupe. No quiero que se sienta incómoda. La gente siempre pone esa cara cuando hablo de ella, pero estaba en paz y a veces la muerte es un alivio. Pasé momentos maravillosos con ella, tengo recuerdos de esos que cambian la vida y que conservaré siempre. Estoy agradecida por tenerlos, por haberla tenido a ella en mi vida durante el tiempo que la tuve. Fue un regalo para mí, y no todos los regalos son para siempre.

Pienso un instante en lo que ha dicho. Qué forma más sana de ver y entender algo que está rodeado del mayor de los estigmas. La muerte siempre es algo que se teme, pero su manera de afrontarla me resulta refrescante.

—Es verdad. Tendemos a tener mucho miedo y juzgar cuando hablamos de la pérdida de alguien, pero usted lo está haciendo como se debería hacer. Es increíble, es usted increíble —reconozco con absoluta sinceridad, deseando haber adoptado yo ese enfoque cuando perdí a la persona a la que más unida estaba, aparte de mi madre.

—Gracias. —Sus mejillas cetrinas se tiñen ligeramente de rosa, y rodea con sus manos las mías con suavidad al recuperar su pasaporte—. El suyo se llenará pronto. Este viaje es solo el principio.

No digo nada. No hay nada que decir, así que le devuelvo la sonrisa y me acomodo en el asiento, disfrutando de la vista a medida que nos acercamos a tierra.

—Solo el principio. —Repito sus palabras mientras el tren de aterrizaje del *jet* toca el suelo.

El trayecto al hotel dura una media hora, y mi madre se la pasa al teléfono. Yo miro por la ventana intentando captar cada destello de belleza que veo. No me puedo creer que esté en Europa, en España, en la bonita isla de Mallorca. Me resulta surrealista. Tan distinta de a lo que estoy acostumbrada en Texas, y nada que ver con lo que imaginaba que sería. Todas las búsquedas de Street View en Google Maps, los *reels* de Instagram y los *tiktoks* no me han preparado para la realidad. En el coche el aire es frío y, sin embargo, percibo el olor a mar. Cuando llegamos, el hotel también es más bonito que la imagen del que vi en internet. Parece un castillo, todo de piedra, que descansa al borde del mar; desde la entrada se oye el romper de las olas. Hay coches de lujo en fila alrededor de la curva del camino de acceso adoquinado y los *valets* nos abren las puertas, se hacen cargo de nuestras maletas y las colocan en un carro portaequipajes, nos acompañan al vestíbulo antes de que me dé tiempo a respirar. Ya dentro, un atractivo hombre vestido con una camisa blanca y pantalones de lino caqui nos ofrece una bebida de bienvenida. De un rojo vivo, con mucho hielo y una gran rodaja de naranja en el borde.

—Calimandria, nuestra deliciosa y refrescante especialidad. Bienvenidas a Mallorca. —Su sonrisa es cordial y cálida cuando voy a tomar la copa.

La mano de mi madre me jala con suavidad de la muñeca, acercándose la bebida a ella.

—No deberías... —empieza.

Recupero la copa con rebeldía.

—También es mi verano, ¿te acuerdas? Y es un coctel. —Finjo suplicar, pero me pienso tomar la maldita bebida de todas formas.

Profiriendo un hondo suspiro, mi madre toma la otra copa y la levanta para brindar conmigo. Me doy cuenta, con una ligera tristeza que me oprime el pecho, de que no hemos brindado nunca y es probable que esta sea la última vez. «Deja de ser tan pesimista», me digo, y añado una sonrisa.

—Por tu verano, nuestro verano, en mi lugar preferido del mundo. Espero de verdad que forjes recuerdos para toda la vida. Disfrutemos juntas del tiempo que vamos a pasar aquí, ¿te parece?

Asiento, sonrío y bebo un sorbo del frío coctel. Sabe ligeramente amargo, pero de un modo adictivo. Es muy fresco y exótico. Empiezo a sentir que aquí, en esta isla, me estoy transformando en una mujer distinta, y eso que acabamos de llegar. Me dejo influir con facilidad por las cosas pequeñas de la vida, lo que confío que haga que cada momento aquí me cambie más la vida incluso.

—Si tiene la bondad de seguirme, señora Pera. —El hombre que nos ha ofrecido las bebidas hace un gesto con la mano que no sostiene la bandeja ahora vacía.

Sigo la trayectoria de sus ojos hasta el mostrador de recepción mientras mi madre lo corrige: «Señorita». Tras él

no hay nadie cuando nos aproximamos. El teléfono de mi madre suena en su bolso, y lo toma mientras esperamos y apura el coctel. Intento seguirle el ritmo y decido beberme lo que me queda de un trago. Es refrescante y me calienta el estómago. Le doy la copa al hombre y mi madre hace lo mismo. Apoyo el codo y el antebrazo en el mostrador desierto e intento desoír los rugidos de mi estómago cuando poco a poco se dejan sentir los efectos del coctel.

Pego un brinco, sorprendida, cuando una mujer joven con el pelo rizado de un rojo vivo aparece de pronto tras el mostrador.

—Disculpa. —Suelta una carcajada.

El sonido es tan único que sonrío de inmediato.

Tiene los ojos de un verde luminoso, tan claros que me pregunto si serán lentes de contacto. En uno de ellos se distingue una línea negra a medio terminar en el párpado, y la chica sostiene un delineador en una mano. Me percato del brillante trocito de cinta adhesiva que tiene pegado en el rabillo del ojo.

—Vi en un tutorial en TikTok que usaban cinta adhesiva para hacer un ojo rasgado perfecto. —Su voz tiene tanta energía como su risa—. Pero todavía no lo domino... Está claro. —Se encoge de hombros con una sonrisa de oreja a oreja.

Mi madre refunfuña y da golpecitos con la tarjeta de crédito en el mostrador. Leo el nombre de la chica en el gafete: Amara. Qué nombre más bonito. No le puede quedar mejor.

—Perdone... Perdone, señora... —empieza, pero mi madre la corta.

—Es señorita Pera. No señora.

—Disculpe, disculpe. —Amara baja la vista al mostrador gris grafito en el que descansa su computadora.

—No pasa nada, no te preocupes. Solo está de mal humor porque no ha dormido durante el vuelo. —Intento hacer que la recepcionista se sienta mejor—. Y que la llamen «señora» le toca la fibra sensible.

Mi madre no es siempre maleducada con los desconocidos, pero cuando lo es... resulta de lo más bochornoso. Para alguien que salió de la nada, está claro que a veces se le olvida. Igual que de pronto no habla su lengua materna, como si quisiera demostrar que es ajena por completo a este sitio y a su pasado.

Amara intenta no reírse, o tan siquiera sonreír, pero no lo consigue. Me sumo a su sonrisilla, a costa de mi madre.

—Tenemos las *suites*. La reserva la hizo SetCorp, pero me llamo Isolde Pera, y las dos habitaciones están a mi nombre. —Mi madre le desliza la tarjeta de crédito.

—Ohhh, SetCorp en carne y hueso. Así que técnicamente es usted mi jefa. Qué bien —responde Amara con humor y sarcasmo.

Dios, me encantan la energía y la pasión de esta mujer, y eso que solo la he visto unos minutos. Es osada; aunque trabaja en un hotel de lujo, no parece contenerse para agradar a todos los odiosos ricos con los que seguro trata a diario. Me encanta conocer personas auténticas, algo que por desgracia escasea en mi pequeño mundo. Ya siento que me inspiran ella y su naturalidad.

—Ahora somos ecológicos, así que nuestras llaves son de partículas de madera reciclada. No utilizamos botellas de plástico e incluso compostamos la comida sobrante de los

huéspedes. Somos uno de los primeros hoteles de la isla que tiene esta onda eco tan radical —nos explica.

Mi madre, que procura estar al tanto de todo, asiente, aunque parece un poco confundida, pero sé a ciencia cierta que en cuanto se vea en su habitación se pondrá a buscar la oleada ecológica que está arrollando a Europa. En Dallas no es tan grande, pero confío en que lo sea algún día, y conociendo a mi madre, seguro que encontrará la manera de contribuir a que SetCorp se beneficie de ella para sus futuras propiedades.

Mientras seguimos al conserje por el vestíbulo, intento absorberlo todo. Hay mucho a lo que mirar. No puedo creer que este sitio vaya a ser mi hogar durante el verano. Las paredes del vestíbulo son de piedra gris del suelo al alto techo. Otomanas y sofás se distribuyen por el enorme espacio, y hay grandes espejos y candelabros envueltos en lo que parece musgo suspendido del techo. Se ven plantas por todas partes; es moderno, nada pretencioso y perfecto. No quiero ni pensar en la cantidad de dinero que SetCorp está perdiendo para que nosotras pasemos aquí tanto tiempo, ya que la mitad del hotel lo ocupa este equipo, pero sé que el motivo por el que hemos venido hará que la empresa recupere su dinero multiplicado por diez. Esa es la especialidad de Isolde Pera. Además, puesto que son los propietarios de este hotel, con toda probabilidad los gastos serán deducibles. Otro ejemplo de cómo los ricos siempre son más ricos.

Me despido con la mano de la vivaz recepcionista, que me dice que la busque si me aburro, mientras las puertas del ascensor se cierran. Subimos al décimo y último piso. Voy detrás en silencio, leyendo los números de las

habitaciones, iluminados en el suelo, delante de las puertas. Al parecer solo hay un par de *suites* en este piso, pero, naturalmente, la de mi madre y la mía son contiguas.

—Te puedes quedar con la que más te guste. —Señala las puertas.

—La 1011 tiene la mejor vista al mar y al jardín, y la 1012, la mejor a la calle y a la playa —explica el conserje.

Nuestra casa en Dallas tiene un bonito y tranquilo jardín. Quiero ver gente, oírla, sentir que formo parte de la ciudad.

—Me quedo con la 1012, por favor. —Estoy segura de que ambas habitaciones son espectaculares, pero ya que mi madre me ha dado a elegir, voy a aprovechar.

—Si es muy ruidosa, podemos cambiarla —me propone.

El conserje abre con su propia tarjeta de madera y mete mi maleta. Lo primero en lo que me fijo es en lo alto que es el techo y lo luminosa y alegre que es la habitación. Las gruesas cortinas verde bosque están descorridas, permitiendo que el sol ilumine el suelo de madera noble. Hay una sala con un sofá y dos sillas, una mesa de centro y una televisión en la pared. No creo que lo vaya a utilizar mientras esté aquí, pero quizá lo encienda porque sí, para no desaprovecharlo. La paleta de colores de la habitación —verde, *beige*, crema y café— es tranquilizadora y reconfortante, lo cual contrarresta lo incómodo que resulta alojarme tanto tiempo en una habitación tan cara. En cierto modo, ya me siento como en casa; noto bullir el entusiasmo bajo la piel.

—Vaya. Esto... La habitación es preciosa —le digo a mi madre, y me giro para darle las gracias, pero veo que no hay nadie.

No es ninguna sorpresa. Me encojo de hombros, aliviada de estar sola y poder asimilar cada detalle sin que nadie me interrumpa. Toco casi cada centímetro de la sala antes de ir a la habitación. La cama tiene más almohadas y cojines de los que puedo contar y parece mullida como una nube. Cuando me dejo caer encima, confirmando así su consistencia esponjosa, mi cuerpo se funde con ella. Abro los brazos y las piernas y los muevo como si estuviera haciendo ángeles en la nieve. Cuando clavo la vista en el techo, el pecho podría estallarme de tanta emoción. ¿Alguna vez me he sentido tan viva, tan despierta?

Me doy la vuelta y veo la gente en la calle por el ventanal.

—No. Desde luego que no —me contesto en alto, y mi voz resuena en las vigas vistas, inundando el lugar.

Después de deshacer la maleta, colgar toda mi ropa y disponer mis artículos de limpieza, me doy el baño más largo, más caliente y más refrescante de mi vida. Miro el celular, ya que sé que mi madre ha añadido todos los compromisos que tenemos hoy en mi Google Calendar. En casa, mi día a día siempre está vacío, pero mi madre vive de su agenda, y mientras estemos aquí se espera que yo haga lo mismo. Como era de prever, mi día de hoy está lleno: amarillo para las reuniones de trabajo de mi madre a las que quiere que la acompañe —seguro que hay al menos un empleado o abogado de SetCorp— y rojo para el tiempo que invertiremos en los desplazamientos. Por suerte, la mayoría de las reuniones se celebrará en el hotel con las organizadoras de eventos, así que hoy no tendré que ir lejos. Aunque estoy impaciente por hacer turismo, el viaje me ha dejado el cuerpo agotado, a pesar de haber dormido gran parte del tiempo. Tengo la cabeza más que despierta, pero el cuerpo, como suele sucederme últimamente, no está en sintonía.

Mi pelo, por lo general del todo liso, se está ondulando un poco al secarse al aire con el mar tan cerca y la

humedad del Mediterráneo. Me miro en el espejo. Tras ponerme un poco de bloqueador solar, me cepillo las rebeldes, gruesas cejas, otro regalo de los genes mediterráneos de mi madre. Me echo gotas para hidratar el lente de contacto y me pongo un poco de rubor en los pómulos. No he traído mucha ropa, ya que me figuro que mi madre me obligará a ir de compras con ella por lo menos tres veces, así que saco del armario una cómoda camisa de rayas *oversize* y un short blanco. Clavo la vista en el pequeño pastillero azul de la mesita y me debato conmigo misma. Antes de subirme al avión tomé una decisión, así que ahora que estoy aquí quiero atenerme a ella. No me pasaré el resto de la vida con el cerebro embotado; pienso tomar el control del tiempo que me quede. Así que me doy la vuelta y lo dejo donde está. Abro el minibar porque quiero beber agua. La explicación de Amara acerca de la importancia que tiene el medio ambiente para el hotel se vuelve más evidente cuando abro el refrigerador. Hay agua mineral, refrescos, jugos y más alcohol del que necesita una persona.

¿Dónde demonios está el agua sin gas? Miro a mi alrededor y encuentro una botella reutilizable de la que cuelga una pequeña etiqueta.

«Por favor, reutilízame durante tu estancia. Súmate a nosotros para reducir los residuos plásticos, utiliza solo una botella», pone en la pequeña nota.

Al lado hay un dispensador de agua integrado en la pared. Como experta autoproclamada en agua, me sorprende. Lleno la botella y me bebo la mitad de un trago. La relleno. No se necesita mucho para hacerme feliz en este sitio, me doy cuenta con una sonrisa. Tal vez mi cinismo y mi dureza sean producto de mi entorno en Texas. Rasgos

de la personalidad inevitables provocados por la soledad y por la falta de interacción con otras personas. Todavía no estoy segura, pero hay algo claro: Oriah Pera va a florecer y a forjar unos recuerdos imborrables en Mallorca.

No me hace falta abrirla para saber lo que hay en la carpeta de papel manila que descansa en la consola de la entrada. Mi madre es muy cuidadosa con la planificación, así que dejo donde está el horario que ha imprimido y bajo al vestíbulo para reunirme con ella. Amara me saluda de nuevo, y esta vez lleva delineados los dos ojos.

—Al final ya te salió —comento, señalando el delineador—. Está genial.

—¡Gracias! He tardado un maldito siglo, pero ya me quedó bien, ¿no? —Sostiene en alto el teléfono y utiliza la cámara para mirarse, aunque toda la pared que tiene detrás es un espejo.

—Eres estadounidense, ¿no? —le pregunto. Puesto que casi no tiene acento y habla un inglés muy informal, debe de serlo.

Se ríe. Ese sonido único inunda mis oídos.

—Pues no. Soy alemana; un poco nómada, en realidad. Pero estudio inglés desde que era pequeña y veo un montón de series estadounidenses. Intenté vivir en Nueva York una vez, pero no era mi rollo. —Se estremece, lanzando un millón de palabras por minuto—. ¿Has estado allí? Apuesto a que eres de Los Ángeles, tienes ese rollo de la Costa Oeste.

Trato de contar cuántas veces ha dicho la palabra *rollo*, pero en lugar de hacerlo, me río.

—Qué va, soy de Texas. Fui a Nueva York una vez, cuando era pequeña —le digo, sin entrar en detalles ni aclararle

por qué ese viaje distó mucho de ser de vacaciones. Me pasé seis días enchufada a cables y solo pude ver el puente de Brooklyn durante el camino de vuelta al aeropuerto.

—¿Texas? Jamás lo habría dicho. Claro que es la primera vez que conozco a alguien de Texas. Pareces muy buena onda en comparación con lo que sale en las noticias.

—Todo el mundo parece amable en comparación con lo que sale en las noticias, sea de donde sea —respondo mientras me pregunto qué dirá el resto del mundo de Texas, aunque es fácil imaginarlo. Las noticias son las noticias, con independencia de dónde viva uno o de lo que crea. La histeria que provoca el catastrofismo incrementa el *rating*, que a su vez incrementa el dinero para los micrófonos que hay delante de la cámara.

—También, también. Por cierto, si te llegaras a aburrir con la vida empresarial, me conozco cada centímetro de esta isla.

—Ya estoy aburrida —admito mientras miro hacia la puerta del vestíbulo.

Veo enseguida al chofer al que ha designado mi madre para que ejerza de mi niñera discretamente este verano. Me saluda levantando un tanto la gorra y yo le sonrío con educación.

Aunque no conduzco, estoy segura de que me las apañaré con el transporte público. Según lo que he leído en las redes sociales, en la práctica, cualquier país del mundo tiene un transporte público mejor que el de Estados Unidos. En Dallas todas las personas que conozco conducen. Es imposible moverse sin un coche o sin un conductor.

—Si quieres acabar con ese aburrimiento, esta noche he quedado aquí con unos amigos. Puedes venir, si quieres.

En el jardín trasero; tomaremos algo y hablaremos. A todos nos encanta conocer gente nueva y somos cada uno de un sitio. Solo hay un chico de aquí, pero ya casi no viene. Bla, bla, bla, probablemente te esté agobiando. —Sus vivos ojos buscan los míos.

Justo el jardín al que da la habitación de mi madre, caigo en la cuenta, desilusionada.

—Esta noche... no puedo, pero ¿si me das un vale?
—Tendría que haberme quedado con la otra habitación.

—Un vale..., te refieres a si puede ser otro día, ¿no?
—aclarar.

—Sí.

—Trato hecho. Un vale. Y si socializar no es lo tuyo, sé dónde están la mejor comida y las mejores vistas. Cualquier cosa que se te antoje hacer, pregúntame. Soy tu chica. —Levanta la mano para hacer un saludo militar y las dos nos reímos.

—Ry. —La voz de mi madre se cuela en nuestras risas.

Me volteo y la veo con dos hombres trajeados y con Lena, su asistente ejecutiva, que más bien es un robot, a su lado. Lena llegó hace una semana para ponerlo todo en marcha. La conozco desde hace media vida y no falla nunca. Me abraza, me coloca ambas manos en los hombros y me los aprieta con delicadeza. Huele a bergamota y a vino tinto. Es menos robot cuando trata conmigo, pero si le abriéramos el cráneo, dudo que contuviera un cerebro humano tibio, fluido.

—¿Ya te has instalado? ¿Necesitas algo? ¿Te gusta la habitación? ¿Te has quedado con la que da a la calle o con la que da al jardín? —me pregunta con una sonrisa reconfortante

mientras yo intento recordar todas las preguntas que ha formulado.

—Calle. Estoy perfectamente instalada. Pero gracias. ¿Y tú? ¿Te gusta esto por ahora?

Asiente con entusiasmo, una emoción que rara vez manifiesta.

—Es precioso, me encanta. Tenemos mucho trabajo, pero es increíble, incluso el tiempo.

No le sabría decir...

—¿Estás lista para el programa de hoy? —inquire.

—Sí. ¿Estoy bien vestida? ¿O mejor me cambio? —le pregunto a Lena, pero también miro de reojo a mi madre.

—Lo que traes puesto es perfecto. —Es mi madre la que contesta. La miro y veo que se puso prácticamente lo mismo que yo: una camisa de rayas blancas y azules, pero la suya es sin mangas y tiene el cuello de pico, y en lugar de un pantalón blanco corto el suyo es largo. En los pies, unas sandalias de tiras planas casi idénticas a las mías color café.

—Gracias —contesto mientras me jalo un poco el short.

No es que no esté acostumbrada a que me haga cumplidos sobre mi apariencia, pero a veces me gustaría que elogiara algo de mí que no fuera superficial. Imagino que algo es algo.

—Intenta divertirme mientras estés aquí, ¿sí? —me susurra Lena antes de guiarnos hasta el salón de banquetes.

El lugar es enorme. Más grande de lo que pensé que podría albergar este hotel. El techo alto, de bovedilla; los ventanales, al igual que el salón de baile en sí, están excavados en la roca y parecen salidos de un antiguo cuento de hadas, y sin embargo todo es limpio y casi moderno. Metales y madera unidos para crear un espacio impecable

pero cálido, lleno de textura. Distribuidos por el salón hay árboles y plantas. Hay mucho que mirar, pero estoy embobada con las que cuelgan de los rincones de la sala, el enorme árbol del centro. Todo está inmaculado y parece de verdad. Estudio una de las hojas que cuelgan más cerca de mí, tocándola con el pulgar y el índice. Es sedosa y, de hecho, de verdad. Vaya.

Mientras lo observo todo, mi madre empieza a hablar de trabajo, le dice a la gente adónde tiene que ir y qué tiene que hacer, y espero a que me pida opinión de algo. Lo hace cuando una de las organizadoras de eventos pone en fila seis sillas blancas.

—Cáscara de huevo, hueso, vainilla, blanco rosado, nieve, marfil —las enumera mientras se va situando detrás de cada una de ellas y pasa la mano por el borde de la tela que tienen por encima.

Mientras me acerco hago lo imposible por ver en qué rayos se diferencian. Me quiero involucrar en la organización del evento, no solo porque es evidente que las causas —el arte y los niños— son estupendas, sino también porque quiero tener la sensación de que estoy haciendo algo que deje una huella en este sitio. No quiero limitarme a ocupar un espacio mientras un equipo de organizadoras pone sillas en fila y mi madre, que está más gruñona que nunca desde que aterrizamos en su ciudad natal, señala cosas y se burla durante horas. Me gustaría formar parte de algo importante, parte de algo útil, pero elegir entre blanco y blanco no era exactamente lo que tenía en mente.

—Mmm, ¿hueso? —digo al percatarme de que tiene una nota de gris.

—Hueso, perfecto —coincide mi madre mientras escribe con furia en su teléfono, que empieza a sonar, pero ella desliza el dedo y hace caso omiso de la llamada.

El barniz de la uña del dedo gordo, pintada de rojo manzana, se le ha levantado ligeramente; tomo nota y apuesto conmigo misma a que se habrá ocupado de ello antes de que termine el día. Sea como sea, el aspecto de mi madre siempre es impecable, en todos los sentidos de la palabra.

—Genial. Ahora las cortinas. Cubriremos todas las plantas que hay en el salón —le dice la mujer a mi madre, e interrumpo con educación.

—¿Por qué cubrir las? Son preciosas. —Miro las ramas y la vegetación que hay repartidas a distintas alturas por todo el salón de baile—. Son la mejor parte. —Las mejillas se me acaloran, no quiero ser grosera ni causar mala impresión. Dios sabe lo que ya estarán pensando de mí, la hija consentida de la rica mandona de tono cortante con las uñas pintadas de rojo vivo y las sandalias del mismo color.

—La mayoría de la gente quiere que se cubran o se retiren en su boda. Para que el salón esté más elegante —me explica la mujer, con una mirada afable pero nerviosa.

Mi madre me da la razón.

—Las mantendremos. Así tiene encanto.

—Las podemos incorporar a la temática. ¿Un bosque nocturno, por ejemplo? —se me ocurre.

Mi amor al interiorismo y a combinar cosas para crear algo bonito está floreciendo con toda su fuerza. Hacía mucho que no me sentía así. Mi imaginación lleva meses dormida, entumecida e inexistente. El baile, mi amor número

uno, hace tiempo que desapareció; solo sirve de lejano y doloroso recordatorio de lo que ya no puedo hacer. Aparto ese pensamiento y procuro centrarme en lo que sí puedo hacer, que es visualizar un concepto y ponerlo en práctica. Mi repentina confianza y mi dosis de energía me sorprenden, así que me dejo llevar.

—Este es exactamente el motivo por el que te quería aquí —me dice mi madre. A continuación, se dirige hacia el pequeño grupo de organizadoras y me señala con el brazo—. Mi hija dirigió toda la remodelación y se ocupó de la decoración de la oficina principal de SetCorp en Dallas cuando apenas tenía veintiún años. Tiene un gusto exquisito, así que sigan sus indicaciones y todo saldrá de maravilla.

Pese a la sonrisa que tiene en la cara, su tono es un poco agresivo. Puesto que estas mujeres no la conocen, no pueden descifrar que ahora mismo está utilizando la más falsa de sus sonrisas. No saben que, si mueve la mano, perderán su empleo y ello no le quitará el sueño.

—Estupendo —contesta una de ellas.

Pasamos a las mantelerías y las cortinas, que sugiero con tino que colguemos del techo en lugar de tapar las bonitas ventanas. El evento se celebrará de noche, así que propongo que empleemos luces pequeñas, suaves, titilantes, cálidas, para evitar reflejos excesivos del cristal. La sensación de estar haciendo algo me emociona, y el día pasa volando.

Mi madre, Lena y yo nos vamos a comer, algo tarde. Los meseros nos traen una mesa llena de platos que no reconozco, pero a mi madre se le ilumina la mirada al ver llegar cada uno de ellos. A pesar de sus raíces mediterráneas, nunca me ha dado a conocer la comida de su país, ni

tampoco el pescado y el marisco, a excepción de la langosta, que he comido una o dos veces en un *steakhouse*. Mi paladar es bochornosamente limitado, pero pienso aprovechar mi estancia en Mallorca para educarlo. Saco fotos de la comida, como hago siempre, y tomo un tenedor.

Nunca he visto a mi madre comer tanto como lo está haciendo ahora; cierra los ojos cuando huele la comida. Verla así me hace feliz. El barniz de la uña que se le había levantado ya está arreglado, lo cual no es ninguna sorpresa. Intento no mirarla demasiado para que no se dé cuenta y levante la guardia de nuevo, pero casi no puedo evitarlo. Sentada frente a mí, Lena me mira y una sutil sonrisa le curva los labios. Seguro que también se ha percatado del repentino apetito que tiene mi madre. Me sirve un poco de pasta. Me conoce lo bastante bien para no darme nada de marisco o pescado, tan solo pasta con una salsa blanca y chicharos. Tomo un bocado: la pasta es cremosa y está riquísima, pero el olor que desprenden los camarones humeantes que tengo delante me está pidiendo a gritos que, por lo menos, los pruebe. Tomo un camarón y me lo meto en la boca. El sabor explota cuando lo muerdo, mis papilas gustativas bailan mientras el sabor a ajo y mantequilla inunda mis sentidos. A veces, ser una persona tan sensible puede suponer una auténtica carga, pero el denso aroma a ajo, limón y especias hace que me sienta agradecida. Tomo otro, sintiéndome ridículamente orgullosa de mí misma por algo tan insignificante, y mi madre se da cuenta.

—¿Te gustan? —Parece más sorprendida que yo.

Asiento mientras mastico y sonrío. Las comisuras de su boca se elevan y sé que está intentando reprimir una sonrisa, pero no puede ocultar el placer que le produce verme

disfrutar con la comida con la que ella creció. Tal vez sea ignorante suponer que la comida es la misma aquí que en el lugar donde se crio, pero quizá mi forma de pensar no sería tan ingenua si ella hablara de forma abierta conmigo de su vida. No cuenta mucho —si acaso lo hace— de su infancia y su adolescencia, pero las pocas veces que lo ha hecho noto una pasión que en su vida actual no existe. Tengo la misión de averiguar más cosas sobre mi madre este verano, tanto si ella está de acuerdo como si no. Estoy decidida a conocerla antes de que se nos acabe el tiempo.